



DON LEOPOLDO BARÓN TORRES, DUQUE DE MAQUEDA, EN SUS RELACIONES CON UN SANTO

Por FR. M^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA
Monasterio de Oseira (Orense)

Hace unos meses se cumplieron cincuenta años de la muerte de este ilustre personaje de la nobleza española. Aunque un poco tarde, quiero dedicar un recuerdo especial a su memoria, por haberle tratado algo en vida —durante mis lejanos años de juventud— y, también como justo homenaje a su persona, ya que fue un enamorado de la Trapa, y, todavía más, por haber sido el instrumento de que Dios se valió para descubrir a su sobrino Rafael Arnáiz Barón el camino hacia esa orden religiosa, en la cual ingresó, se santificó y logró conquistar la gloria inmarcesible de los santos. Muchos sabrán que fue beatificado por Juan Pablo II el 27 de septiembre de 1992, y sus escritos se hallan hoy difundidos por todos los continentes, haciendo un gran bien a las almas.

Como dato esperanzador, quiero adelantar hoy una noticia que alegrará sin duda a cuantos conocen la vida de Rafael. En los días en que se escriben estas páginas, circula en el ambiente que se está estudiando en Roma un supuesto milagro atribuido a su intercesión. Si el resultado es positivo, si el grupo de especialistas nombrados para estudiar el caso —que hilen muy fino, como debe de ser— si le dan luz verde, entonces tendremos pronto la canonización de Rafael, por lo que su



FR. M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

culto se extenderá después a toda la Iglesia. No como ahora, que el culto es restringido. En el presente trabajo quiero destacar algunos pormenores relacionados con las íntimas relaciones que unió al Duque de Maqueda con su sobrino el hoy Beato Rafael Arnáiz Barón.

1. INFANCIA Y JUVENTUD

Don Leopoldo Barón Torres fue natural de Ayamonte (Huelva). Su padre, don Alvaro Barón Cea-Bermúdez, de origen sevillano, había sido marino de guerra y le habían condecorado en Filipinas con medalla de mérito en la Batalla del Callao. Siendo aún joven, pidió la excedencia en la marina, se fue a vivir a Madrid, entregándose a la formación de sus hijos. Pasaba los veranos en Toro (Zamora), donde su esposa doña Fernanda Torres Erro —hija de los Marqueses de Gros— tenía su casa solariega.

Leopoldo fue educado en un ambiente de honda piedad, encargándose luego de completar la formación espiritual y científica los jesuitas de Chamartín, siguiendo más tarde la carrera de abogado hasta terminarla, pero nunca quiso ejercerla. Al llegar la hora de tomar estado, buscó una joven que coincidiera con él en sus inclinaciones, logrando encontrarla en doña María del Socorro Osorio de Moscoso y Reinoso, heredera del ducado de Maqueda, que había recibido la formación religiosa y cultural en el colegio de las religiosas asuncionistas de Madrid, quienes lograron hacer de ella una mujer de grandes esperanzas, sobre todo cimentada profundamente en la fe y en la piedad (1).

La ceremonia del matrimonio se celebró Madrid el 15 de enero de 1917, echando los cimientos de un hogar cristiano

(1) Sobre ella me ocupé en las páginas de esta misma revista en el año 2003, n.º 296, págs. 111- 127, donde puede ver el trabajo quien lo desee, destacando, sobre todo la profunda intimidad espiritual mantenida con su sobrino el Bto. Rafael, quien le dedicó una serie de cartas que son un prodigio de espiritualidad.



corriente, bendecido por Dios al colocar en él cinco criaturas, el mejor regalo que puede hacer a quienes se unen en ese estado santo. La mayor de todos fue María de los Dolores —en quien recaerían los títulos de Duquesa de Maqueda y Marquesa del Águila—; siguieron Leopoldo, Duque de Sesa —fallecido en Méjico—, Pilar, Marquesa de Fuenclara; Fernando, Conde de Cabra, y Blanca, Condesa de Trastamara, viuda de don Jaime Castellano, Marqués de Montemolín y Conde de Castellano.

Ambos cónyuges, si no fueron de vida interior intensa desde el primer momento del enlace matrimonial, tenían excelentes disposiciones para germinar en sus almas un cúmulo de virtudes que les harían destacar entre las familias más piadosas de su tiempo. Conste que no tratamos de tributar alabanzas inmerecidas o de mero cumplimiento, como es frecuente en los biógrafos, ponderar más de la cuenta los méritos de las personas sobre las cuales se escribe, exagerando muchas veces los actos corrientes. Nuestras alabanzas, por el contrario, están cimentadas en la realidad patente a vista de hechos concretos o de las manifestaciones de testigos fidedignos que conocieron de cerca su vida. El lector podrá juzgar por sí mismo, a medida que vayamos avanzando en la semblanza.

La vida que llevó el matrimonio los primeros años de casados, sin embargo, fue idéntica a la de aquellos otros que se unen en el sacramento y se contentan con cumplir estrictamente los deberes religiosos: misa dominguera, alguna oración de vez en cuando, atención a los hijos para que reciban una educación cristiana en algún colegio..., sin nada más que les haga destacar del común de los otros cristianos del montón. Pero sucedió que a los pocos años de convivir juntos, aquella pareja de piedad corriente en el mundo, sufrió una honda transformación. Todo comenzó al llegar una cuaresma: asistieron en la parroquia a unas conferencias cuaresmales dadas por el padre Alfonso Torres, S. I., cuya palabra ardiente les llegó tan al fondo del corazón, dando por resultado una conversión radical que condicionaría la vida de ambos esposos.



Decidieron de mutuo acuerdo cambiar de rumbo, entrar por un sendero estrecho de perfección evangélica. Sobre ese cambio radical operado en ellos, tenemos un testimonio cualificado, el de su hija mayor doña Dolores —fallecida hace un par de años—, la cual afirma de sus padres: «De jóvenes hicieron una vida social algo mundana, mas al escuchar al padre Torres, en unas conferencias que dio en Madrid, sus palabras les llegaron hasta lo más profundo de sus corazones, recibiendo con ellas un verdadero mazazo, cambiando en el acto su modo de vida y de pensar, empezaron a confesarse con este Padre, efectuándose una verdadera conversión en ellos, cambiando, como digo, la tónica de vida de nuestra casa; tendría yo entonces unos ocho años».

«En realidad eran dos enamorados de Dios, todo lo que no fuese Dios para ellos no contaba, y los dos con un gran corazón; mi padre era muy irónico, con un humor finísimo y gracioso, como toda la familia Barón, pues le venía de Andalucía; su simpatía era muy grande, con una facilidad literaria enorme; los dos muy dedicados a su familia y a la religión». En estas apreciaciones no existe la menor exageración, porque se vio luego el resultado en el género de vida que entablaron ambos, convirtiendo el hogar familiar en una escuela de espiritualidad donde sí vivían los deberes religiosos con fidelidad admirable. Las personas que trataron a fondo a los Duques, refieren que era frecuente ver en aquellos tiempos a este matrimonio de elevada alcurnia, recorrer los barrios extremos de Madrid con un saco de arpillera al hombro, repartiendo comida y ropas a tantos necesitados, uniendo a su caridad la palabra ardiente de consuelo, de aliento, de agradecimiento a Dios, que era quien les enviaba aquellas limosnas a través de ellos.

Tal proceder quizá hoy no despertara admiración, antes se consideraría como algo normal, el manifestarse al exterior sin la menor ostentación de títulos nobiliarios, pero en aquellos tiempos era distinto: la posición social, los títulos de grandeza parece que sólo se poseían para recibir honores y agasajos. Dicen que la Duquesa —creemos la acompañaba también el Du-



que— iban con frecuencia al Cottolengo, paraban el coche mucho antes de llegar a la puerta, y allí se entregaban a los oficios más humildes y bajos, limpiando y atendiendo a enfermos repugnantes, con la misma facilidad como si aquella tarea la hubieran practicado toda la vida.

No es nuestro propósito —ni hay espacio para ello— detenernos a enjuiciar los varios negocios emprendidos por el Duque en su hacienda de Toro, donde por lo general le fueron muy mal, por falta de experiencia, de acierto en su desarrollo, o sencillamente porque Dios se complacía en que todo le saliera a la inversa, como le sucedió al patriarca Job, en sus primeros tiempos. En las cartas de Rafael que le dirigía cuando ya era monje, aparecen algunos pasajes en los cuales se reflejan parte de esos reveses de fortuna, ese constante fracaso en los negocios temporales que a nadie debe extrañar, porque está visto que Dios quería purificar a los Duques, y verles desprendidos totalmente de todas las cosas de la tierra. No olvidemos que eran los tiempos de la república en que la clase noble era mal vista o perseguida, como si ello supusiera que fueran culpables de haber nacido en un hogar distinguido. Ya hemos visto qué comportamiento observaban con la clase necesitada. Quería que vivieran en el mundo sin ser del mundo, y eso llegaron a conseguirlo, a juzgar por el sesgo de vida que entablaron ambos, y continuaron después, cuando ya se normalizó la situación, y Dios se dio por satisfecho, bendiciendo con creces aquella primera aceptación de su voluntad en la prueba. Veamos, por vía de muestra, lo que le decía en una carta en julio de 1934: «No os pregunto por vuestros asuntos, porque ya sé que van mal... ¡Cuánto os quiere Jesús! Esto la mayor parte de la gente no lo ve, pero a mí no me pasa desapercibido y sois los de más suerte de la familia; parece una paradoja, ¿verdad? Pero vosotros también lo sabéis que es así, si algo habéis tenido alguna vez que merezca la pena, no ha sido ni vuestros títulos, ni vuestro dinero, ni nada de todo eso que tanto ambiciona el mundo... Cuánto os quiere Dios, tía María, eso no lo hace Jesús más que con sus escogidos, ya podéis estar contentos».



La piedad intensa del matrimonio, derivada en su origen de aquellas conferencias cuaresmales del jesuita, y de una constante fidelidad a la gracia, habiendo madurado en los dos esposos con el transcurso de los años, llegaría a extremos inauditos, al suspirar ambos cónyuges por el estado de perfecta consagración a Cristo en la vida religiosa. Parece algo inconcebible que esto pudiera darse en un estado matrimonial y con varios hijos, pero Dios llama en todos los estados y a todas las edades. Tenemos una información precisa de la misma hija mayor. Cuenta que siendo ella muy pequeña, al pasar con su madre en Ávila por delante del convento de la Encarnación, le oyó decir estas palabras: «Mira, hija, yo moriré algún día ahí dentro», y apuntaba con el dedo. La niña entonces no podía sospechar lo que significaban aquellas palabras ni sabía lo que era un convento, pero luego reflexionando sobre tales palabras resultó profético.

En el hogar creado por los Duques de Maqueda, se vivía intensamente una fe profunda en la cual fueron creciendo sus hijos, que salieron a sus padres. No podía ser menos. Aquellos deseos de vida consagrada, manifestados por ambos cónyuges en sus primeros años, suponen en ellos un propósito de vivir en el mundo sin ser del mundo: «De mis padres —volvemos de nuevo a la DM— puedo decir que eran muy espirituales, con un gran amor a Dios. Para ellos su vida consistía en unirse a Dios en todo». Así fueron transcurriendo los años hasta que un día de 1952, «después de comulgar mis padres juntos, al salir de la iglesia se separaron, y en la esquina de Jorge Juan con Velázquez, mi padre cayó muerto de repente; para mi madre aquello fue un golpe terrible, y al poco tiempo se decidió a ingresar en el Convento de la Encarnación de Ávila».

No sabemos si trataron ambos en la intimidad esa ansia de consagrarse ambos a Dios, pero el Duque no lograría ingresar religioso en la realidad, pero si lo fue en el deseo; en cambio, la Duquesa, una vez que Dios dispuso de la vida de su marido, acudió presurosa a la llamada del Señor, ingresando en el monasterio de la Encarnación. Añade más: «También a mi padre le pasó algo por el estilo, tendría yo entonces dieciséis años,



cuando fue a la Trapa para pasar unos días, y tanto se enamoró de ésta, que quiso ingresar en ella. Arregló en Madrid todos sus asuntos económicos, nombrando un administrador, y muy decidido se fue para ingresar en la Trapa, mas cuando llegó le dijo el Reverendo Padre Abad: *Hijo, no te admito, hasta que no tengas casados a todos tus hijos*. Tal pretensión revela en el Duque unas ansias singulares de perfección que le dan derecho a ser considerado como verdadero monje del Císter, al menos en el deseo. Dios no permitió que pudiera serlo en realidad, pero no hay duda que se valió de él para que su sobrino Rafael se pusiera en contacto con la Trapa, descubriera en ella desde el primer momento que estaba hecha a la medida de su corazón, ingresara en ella y conquistara en poco tiempo honores de inmortalidad. Pero no adelantemos los sucesos.

2. RAFAEL EN ESCENA

Dios no quería que el Duque se hiciera monje, porque le tenía destinado para llevar a cabo una misión en que jamás podía soñar. Quería que a su sombra se forjara la vocación hacia la Trapa de un joven que andando el tiempo llegaría a ser una auténtica lumbrera de la Iglesia, un santo. Creo podemos considerar al Duque como primer confidente íntimo que tendría su sobrino el hoy Beato Rafael Arnáiz Barón para conocer la vida del Císter, y enseñarle —sin él saberlo ni intentarlo—, el camino por el cual podría acceder a ella, primero a conocerla, luego para abrazarla, y por último, para practicar allí unas virtudes heroicas que han sido reconocidas por la Iglesia. Con ello llegamos a descubrir la obra más grandiosa realizada por el Duque de Maqueda, enseñar a su sobrino Rafael Arnáiz Barón el camino de San Isidro de Dueñas, la misma abadía en la que él había querido entrar, pero no le fue posible por hallarse comprometido con el mundo y la familia. Veamos cómo se desarrollaron los primeros contactos.

Tenemos una relación precisa de la misma DM, testigo presencial de los hechos. «Con respecto a mi primo Rafael para



mí como hermano, puedo decir que llegó un día a Pedrosillo, a una finca que tenían mis padres en Ávila. Cuando Rafael terminó el bachillerato le preguntaron sus padres qué es lo que quería le regalasen como premio a sus estudios, pidiéndole él ir a pasar una temporada con sus tíos en Pedrosillo. La petición era rara, pues no nos conocía y nosotros éramos mucho más pequeños que él. Al escribir tía Mercedes a mis padres, diciéndoles lo que quería su hijo Rafael, le contestaron mis padres diciéndole le recibían con mucho gusto, y encantados. Para nosotros era una persona mayor de respeto, y encajó estupendamente allí con mis padres y con nosotros los pequeños, empezando con mis padres unas charlas larguísimas. Vio también la vida casi conventual que nosotros hacíamos en casa, con don Justo, el capellán que teníamos entonces. Por la mañana celebraba la santa misa en la capilla de casa; por la tarde el santo rosario; los jueves y domingos, la exposición mayor, pues mis padres tenían permiso del señor Obispo para ello y por la noche nadie se marchaba a la cama, sin pasar antes por la capilla para hacer una visita al Santísimo.

Rafael siguió esta nuestra vida de piedad con gran aprovechamiento. Mis padres quedaron prendados de Rafael, y le quisieron exactamente igual que si fuese hijo de ellos, considerándole como su hijo mayor, y a partir de ahí, todos estábamos esperando y deseando que llegase el verano para tener a Rafael entre nosotros, siendo él la alegría de nuestra casa. Si él tenía veinticuatro horas libres en Madrid, se venía a Ávila con nosotros; abrir la puerta y ver a Rafael era fiesta mayor en casa».

No queremos omitir una sabrosa anécdota que se cuentan de estos años de frecuentes visitas a Ávila. Dicen que al Duque le agradaba la caza, pero a Rafael no le entraba. Sin embargo, como era amigo de complacer, acompañaba a su tío en aquellas cacerías organizaba en los primeros días del verano. Antes de amanecer, los dos se vestían ropa de campo. A la puerta les estaban esperando los perros deseosos de colaborar también en la cacería. Iniciaban la marcha por entre los encinares de la hermosa finca, un poco distanciados el uno del otro. Al poco



rato, Rafael se sentaba debajo de la copa de una encina, dejaba a un lado la escopeta, fijaba su mirada en la belleza de aquel amanecer veraniego y se entregaba a una profunda contemplación que le mantenía suspenso el ánimo, admirando las maravillas de la creación.

El Duque continuaba adentrándose en el bosque durante un buen rato, hasta que dándose cuenta de que Rafael no le seguía, volvía en su busca, y le encontraba sentado junto a la encina en profunda meditación. No por eso le reprendía, sino que dejando a un lado la escopeta, se sentaba junto a él y ambos comenzaban a hablar de Dios y de temas espirituales, hasta que llegaba la hora de regresar a casa para el almuerzo, aunque no llevaran ninguna pieza de la caza. Tal procedes nos descubre el modo de ser de aquellas dos almas de profunda vida interior.

No hay noticias de cuándo hizo el Duque la primera visita a la abadía de San Isidro de Dueñas, vulgarmente denominada la Trapa. Ignoramos igualmente si esta visita la realizó antes o después de traducir del francés, una obra titulada *Del Campo de Batalla a la Trapa*, premiada por la Academia Francesa. Se trata de la vida de un antiguo capitán de Dragones del ejército francés, que en la guerra de 1870 se portó como un héroe, fue condecorado y le quedó la puerta abierta para futuros ascensos en el ejército. Pero Dios se dejó sentir en lo hondo de su corazón, dándole a entender cuan efímeras son las honras humanas y cómo lo más importante para el hombre es asegurar la salvación. Esto no quiere decir que en el mundo no puedan salvarse. Sí, todos pueden salvarse, con tal que se cumplan los deberes religiosos en el puesto en el que nos haya colocado.

El resultado fue que aquella inquietud indujo al capitán a abandonar su brillante carrera militar —y todos los ascensos que le aguardaban— para alistarse no en la categoría de monje del Císter, sino en la humilde clase de hermanos legos o conversos del monasterio cisterciense de Chambarán (Francia), cuya ocupación primordial era dedicarse a las faenas más pesadas del monasterio. Recibió el hábito monástico con el nom-



bre de hermano Gabriel. Perseveró en su estado de consagración, llevando una vida santa hasta que el Señor le llamó para sí en 1897, para darle el premio prometido a aquéllos que todo lo dejan por seguirle de cerca en una vida. Fray Gabriel fue fiel a su vocación, dejando tras de sí fama de verdadero santo.

La traducción de esta obra no solamente fue decisiva para el Duque, pues se entusiasmaría con la Trapa de tal manera, que ya sabemos cómo intentó imitar el gesto del capitán de dragones, dejar a sus esposa e hijos, y enrolarse también en la categoría de hermano lego de la Trapa de Dueñas. Pero le manifestó que esa no era la voluntad de Dios. En cambio, fue el instrumento de que se sirvió para descubrir ese gran tesoro que ofrecería en bandeja a su sobrino Rafael, como vamos a ver. Para esta biografía, que no ha perdido actualidad a pesar de los años, como se ha visto (2), pidió el Duque a su sobrino Rafael, joven de dieciocho años, que le hiciera la portada. En ella aparece un monje del Císter en hábito de trabajo, empuñando en la mano izquierda una azada, mientras con índice de la derecha apunta hacia el horizonte en el momento en que hace su aparición una cruz destellante en medio de un sol, despidiendo rayos que inundan de luz toda la naturaleza. El monje ha interrumpido unos momentos la tarea para entonar un himno de alabanza al Creador, al igual que en otro tiempo lo hiciera San Francisco de Asís con el hermano Sol.

Pues si el contacto con esta obra, contagió el alma del Duque, en su devoción hacia la Trapa, pues se propuso visitarla asiduamente, y tan grata impresión le produjo aquella vida de alejamiento del mundo, que se decidió a dar un paso inaudito que queda referido. También a Rafael le impactó profundamente aquella obra, hasta el punto de que despertó primero en él deseos de conocer de cerca aquella vida que llevó el antiguo capitán de dragones, de donde se siguieron luego las inquietu-

(2) Después de cincuenta años que se había agotado la tercera edición, no hace mucho tiempo la reeditó *El Monte Carmelo* de Burgos, y no tardó en agotarse la edición, estando ya a la venta la 2.^a



des vocacionales que no le dejaron en paz hasta que se decidió a seguir su ejemplo. En 1930 visitó por primera vez la Trapa, llevando cartas de recomendación de su tío para algunos religiosos, con los cuales había tenido mayor intimidad. Las impresiones que recibió en este primer contacto detenido con los monjes, le llegaron a lo más hondo del alma.

Al regresar a su casa, le faltó tiempo para comunicárselas a su tío de Ávila: «¿Qué quieres que te diga? —le escribe el 11 de octubre—. Lo que yo vi y pasé en la Trapa, las impresiones que tuve en ese santo monasterio no se pueden, o por lo menos no sé explicarlas y solamente lo sabe Dios. De todas modos, le daré cuenta de lo que hice y de lo que vi...». Después de exponerle lo que vio en la Trapa, concluye: «Lo que yo gocé ese día en la Trapa no te lo puedo explicar, pero si les conoces a ellos y me conoces a mí, puedes hacerte un poquito de cargo. De ese día me acordaré toda la vida y en los ratos que tengo de desfallecimiento, me acuerdo de mi hermanos, de su monasterio y de sus costumbres, y me animo mucho.

Cuando llegué a la estación, el trato con los hombres después de haber estado con unos ángeles, me produjo cierta repugnancia, te hablo con franqueza, y al ver llegar el tren con su imponente soberbia, tuve deseos de tirar las maletas y volverme a la Trapa. Tenías razón cuando decías que esta visita te la tenía que agradecer; ya lo creo; nunca te lo agradeceré bastante, ni a tía María tampoco, lo que habéis hecho por mí, pues si es verdad que tenemos que aguantarnos unos a otros nuestras debilidades y flaquezas, y vosotros no teníais ninguna obligación de aguantarme a mí cuatro meses, y que reconozco que alguna vez me habré puesto pesado o impertinente, de todo espero que me sabréis perdonar». Es típico en la orden del Císter, desde la lejanía del s. XIII, terminar la jornada monástica poniendo una nota distintiva con el canto de la Salve gregoriana, que es como depositar en manos de la Señora toda una vida de oración y penitencia, que eso es a fin de cuentas lo que define la vida del Císter.

Cuando al acabar las completas, en medio de la oscuridad, de pronto se ilumina el altar mayor, y en él apareció radiante



la imagen de santa María en el misterio de la Asunción, y los monjes, alineados delante de ella —cual soldados ante su reina— entonaron con voz sonora y pausada la preciosa antífona, fue algo que le llegó al corazón de Rafael, hasta tal punto, que se lo cuenta así a su tío: «Lo que mas me impresionó fue la Salve al oscurecer, antes de irse a acostar. El año que viene, si no la cantamos así en Pedrosillo, no voy. Aquello fue algo sublime; cantando así como cantan, con ese fervor, no es posible que la Virgen no se complazca en ellos y les mande todo género de bendiciones... Así están ellos de contentos y alegres, pues no se ve una cara triste, sino al contrario y se les pasa el tiempo volando». «¿Te has fijado en la Virgen? ¿En la austeridad del altar mayor? Sin alfombras, sin flores, solamente seis velas y una cruz; es verdaderamente un altar cisterciense en el que domina todo y sobre todo, el Sagrario».

3. NOCHE ANGUSTIOSA EN PEDROSILLO

Las relaciones entre Rafael y el Duque fueron siempre muy entrañables. Rafael tenía una confianza sin límites en él, más que con sus padres, aunque esto parezca paradójico. Es que con sus padres no podía desahogarse de lo que hacía varios meses llevaba dentro de su alma, sobre todo a partir de aquellas reiteradas visitas a la Trapa y de haberse entusiasmado tanto con la lectura de aquel libro para el cual hizo la preciosa portada, llena de simbolismo. Su tío, a última hora, cuando vio claro que Dios llamaba con fuerza a su sobrino a la Trapa, aunque le costaba mucho perderle de vista, porque sabía que si entraba de monje aquellas visitas llenas de intimidad entre ambos desaparecían para siempre, sin embargo, nadie puede negar que fue él quien le descubrió el secreto de la Trapa y le preparó los caminos para abrazar aquella vida que tanto le atraía. Pasamos por alto multitud de sucesos acaecidos, anécdotas preciosas que se cuentan de esos años en que Rafael frecuentaba Pedrosillo. Sólo quiero referir una, porque descubre el talante del Duque y a la vez el modo de ser de Rafael. Fue la



última visita que le hizo a Pedrosillo antes del primer ingreso en la Trapa.

Continuaron las cosas normales, sin nada llamativo, hasta el otoño de 1933 en que, cuando menos lo esperaba, se presentó un día Rafael, sorprendiendo enormemente a sus tíos y demás familia. Les solía visitar todos los fines de semana, pero esta vez era en mitad, y casi acababa de marcharse de Ávila. Nadie le preguntó sobre las motivaciones de aquella visita imprevista, juzgando que podía ser alguna de las continuas huelgas que hacían o se tomaban los estudiantes de la Universidad por cualquier cosa que les desagradara. Cenaron juntos toda la familia y, luego de terminar, se dispusieron a escuchar un concierto de música selecta que daban por la radio, de la cual Rafael era gran entusiasta. Mas sucedió que, contra su costumbre, no mostró interés alguno por el concierto, pues en su alma llevaba una preocupación que se traslucía al exterior, a pesar de aparentar en público la misma jovialidad de siempre.

Poco a poco se fueron retirando a descansar hasta quedar solos tío y sobrino. Delante tenían unas copas de licor que iban saboreando lentamente. Al fin, Rafael desplegó los labios y le dijo sin más preámbulos.

—Te extrañará que haya venido hoy, ¿verdad? —Algo, no te esperaba: ¿os han dado ya las vacaciones de Navidad? —No, aún no nos las han dado, pero yo me las he tomado para no volver más a Madrid.

Tal respuesta inesperada le extrañó al Duque, aunque no le sorprendió lo más mínimo, por eso volvió a insistir: ¿Qué quieres decir? ¿Qué te ha pasado?

Sencillamente que me marché a la Trapa de Venta de Baños. Si me admiten en el Monasterio, allí me quedo; tengo el propósito de irme directamente desde aquí; mi equipaje en Madrid ya habrá quien lo recoja.

Cada vez que Rafael visitaba la Trapa se convencía más de que Dios le quería allí, le esperaba con sus gracias. Con todo, no le era fácil dar aquel paso. Se hallaba demasiado comprometido en el mundo al ser hijo primogénito y saber la gran ilusión que sus padres tenían cifradas en él. Por otra parte, se



FR. M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

hallaba casi a mitad del segundo curso de Arquitectura, y lo normal era esperar a terminar la carrera, por si la voluntad de Dios se le manifestaba distinta algún día. No obstante, él estaba convencido de que Dios le quería monje del Císter, y poco a poco fue rompiendo lazos terrenos. Lo primero, renunciar a su carrera predilecta, dejar a un lado hondas amistades, una situación esperanzadora... Pero la dificultad mayor que encontraba, eran sus padres. ¿Cómo recibirían la noticia? Sabía de antemano que no se iban a oponer a sus planes, pero el impacto que iba a ocasionarles en sus almas —una vez conocida su decisión de dar aquel paso— iba a ser para ellos una espada de dolor. De aquí su deseo de ingresar en la Trapa sin contar con ellos hasta después de haber realizado el ingreso. Le parecía éste el mejor modo de evitar desgarramientos de corazón.

Continuaron largo rato conversando sobre el tema, hasta que cada cual se fue a su cuarto a descansar, muy entrada ya la madrugada. Añade el Duque: ni uno ni otro pudimos conciliar el sueño, debido a las fuertes impresiones recibidas. Con la soledad y las tinieblas se le aumentaron las proporciones del acontecimiento. Pero, ¿cómo será posible —pensaba— que este chico, habituado a llevar una vida de tanto esmero y cuidado, pueda soportar la austeridad de la Trapa? El habla, ríe, fuma, se divierte y vive como tantos otros muchachos de su edad y circunstancias. ¿Enfermará en un cambio tan radical, tan repentino y absoluto? Además, se ven tantos casos de ilusiones que con las apariencias del fervor puedan parecer ilusión...

Al día siguiente continuaron las confidencias. El Duque era partidario de que debía acudir a Oviedo a comunicárselo a sus padres, antes de hacer el ingreso. Rafael se mantenía en su primer propósito de hacer el ingreso directamente, sin contar con ellos hasta después de encontrarse en el Monasterio. Al fin le propuso un plan. En aquellos días llegó a Ávila el Nuncio de su Santidad, Mñor. Tedeschini, gran amigo del Duque. —¿Y si hacemos una visita a Monseñor, le exponemos el asunto, para ver lo que él piensa sobre el tema? A Rafael le pareció bien la



idea. Concretaron la hora de la visita, y ambos se presentaron en la residencia del señor Nuncio para exponerle el asunto a ver lo que él opinaba. Así lo hicieron. Le expuso con toda sencillez el Duque cómo Rafael intentaba ingresar en la Trapa sin informar antes a sus padres.

El prelado escuchó con interés la relación, alabó la decisión del joven, pero no estaba de acuerdo en su planteamiento, antes le contestó con acento paternal: «Creo debe usted ir a despedirse de sus padres y recibir su bendición, que, por mi parte, aquí me tendrá usted siempre para todo cuanto pueda ocurrirle en el nuevo camino que emprende; en Garantía de ello, voy a anticiparme a sus padres de la tierra, y bendecirle con todo el afecto que merece su generosa decisión». Se arrojaron ambos para recibir la bendición, y una vez en pie, le atrajo hacia sí, abrazándole con cariño paternal.

Estaba visto: Dios quería que ingresara en la Trapa, pero no como a escondidas, sino a la faz del mundo, siguiendo en todo los consejos del señor Nuncio: iría a Oviedo, hablaría a sus padres y todo transcurriría de manera normal, dando aquel paso serio en su vida, después de contar con la anuencia y bendición de sus buenos padres. Vamos a ver cómo se las arregló para comunicarles aquella noticia que a él se le antojaba superior a sus fuerzas, por el cariño inmenso que les tenía, y ellos le tenían a él.

4. DESPEDIDA PATÉTICA

Eran los primeros días de 1934. Rafael desde Ávila se había trasladado a Oviedo el mes anterior para pasar las fiestas navideñas al lado de sus padres y hermanos. Dejó que transcurrieran éstas en paz y armonía, sin que faltara en ellas nada de lo que puede hacer feliz a una familia en la cual se vive la fe cristiana intensamente y los medios de vida les facilitaba tener todo aquello que se podía apetecer. Rafael siguió aparentando su modo de ser característico: alegre, simpático, festero, amigo de llevar la voz cantante en todo...



Todavía el cinco de enero asistió con su madre al teatro Campoamor, comentando con ella algunos pasajes del drama representado. Al día siguiente, fiesta de los Reyes, algo anormal notaron en él. Habían organizado en casa una larga sesión musical —la madre tocaba el piano de maravilla, su hermana Mercedes el violonchelo, Leopoldo la flauta y él el violín—, no obstante, esta vez la pequeña orquesta se vio un tanto disminuida con la ausencia de Rafael, que llegó algo tarde, contra su costumbre, y a pesar de ser entusiasta de la música. Todavía les extrañó más que a la noche, luego de rezar el Rosario en familia, se fuera a acostar sin el consabido rato de tertulia que solían tener siempre. «¡Le habrá pasado algo desagradable, se decían entre sí».

Es que las fiestas navideñas tocaban a su fin, y se acercaba el momento de descubrir a sus padres el gran secreto que desde hacía meses llevaba oculto en el corazón. Es la propia madre la que refiere el hecho con todo su realismo.

Se hallaba ella ensayando al piano, cuando se le acercó Rafael y, poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo con voz natural y tranquila: «—Deja de tocar un momento, tengo que decirte una cosa. Se estremeció la madre; el corazón le anunció algo insólito. —¿Qué te pasa, hijo? —inquirió angustiada. —¡Madre —contestó Rafael— Dios me llama, quiero irme a la Trapa!» Ella bajó la cabeza y sólo pudo contestar entre sollozos: «—¡Hijo!». Otra breve pausa y, de nuevo volvió a desplegar los labios: «—Y tu padre, ¿lo sabe ya tu padre? —No, contestó Rafael, he querido que fueras tú la primera. Tú se lo dirás.»

«—¡Gracias, hijo!», balbucearon débiles sus labios. Todavía estaban madre e hijo bajo los efectos de aquella escena tan patética, cuando llegó el padre, y viéndolos con rostro entristecido, les preguntó la causa. Ella, sin apenas aliento en su voz, contestó: «Tu hijo quiere irse a la Trapa». El padre se quedó un momento pensativo, recibiendo el golpe inesperado con entereza cristiana, apenas un imperceptible temblor de labios, pero sólo un instante. Luego, haciendo un esfuerzo varonil, aparentando serenidad, exclamó: «Bendito sea Dios por el fa-



vor tan grande que nos hace». Otra pausa y de nuevo volvió a inquirir: «Bueno, ¿y cuándo quieres marcharte? —Cuando tú quieras —respondió Rafael— no tengo prisa. —Cuanto antes mejor —terció de nuevo el padre— hoy es día 7, el 15 puedes irte, te llevaré yo mismo».

El propio padre quiso hacer la entrega generosa a Dios de su hijo primogénito, en un gesto de entereza cristiana, que, no dudamos, llenaría de admiración a los mismos ángeles. Razón tenía Rafael cuando el 9 de enero escribía al abad de la Trapa de Venta de Baños: «Hoy llegará a su poder una carta de mi padre a cuyas generosas y cristianas líneas yo no tengo nada que añadir. He pasado ratos muy amargos, sobre todo al ver a mis padres sufrir, pero, al mismo tiempo, he experimentado consuelo al ver que su sufrimiento es cristiano y su sacrificio agradable a los ojos de Dios. Tengo unos padres que no merezco». El ingreso de Rafael en la Trapa, les dejaba completamente defraudados. Pero la actitud cristiana, la entereza con que recibieron este golpe —duro en extremo— demuestra en ellos una fe vigorosa, un acatamiento pleno de los designios divinos.

Al atardecer del 15 de enero se presentó don Rafael en la Trapa de San Isidro de Dueñas a ofrecer aquel su hijo primogénito que llevaba su mismo nombre. En casa había dejado transidos de dolor, sobre todo a la madre, que fue la más afectada, pero se sabe con certeza que jamás se opuso lo más mínimo a los planes vocacionales de su hijo, antes en todas las cartas que le dirigía a la Trapa su consejo favorito era que fuera fiel a Dios, se hiciera santo para santificarles a ellos... Tanto le impactaban a Rafael esas cartas maternas, que es sabido se retiraba a leerlas en un rincón, derramando copiosas lágrimas de tener una madre tan digna, con una fe que traslada montañas. Conocemos muchos santos, que han tenido madres revestidas de santidad y heroísmo.

No queremos cerrar este pequeño trabajo sin sacar a relucir un nuevo hito que eternizará sin duda las relaciones íntimas que mediaron entre el Duque de Maqueda y su sobrino Rafael, añadiendo aquí la última carta que Rafael le dirigió el



FR. M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

11 de octubre de 1937 —medio año antes de su fallecimiento—, en la cual vierte todo su corazón enamorado de la Virgen Madre, y su doctrina bien podemos considerarla como el máspreciado testamento que le dejó y nos dejó a todos, pues su alcance es universal.

5. COLOFÓN

No creo poder encontrar un broche de oro más adecuado para cerrar este pequeño trabajo que sintetiza algunas relaciones mantenidas entre el Duque de Maqueda y el beato Rafael. Se hallaba éste en Villasandino, población burgalesa donde radicaba la casa solariega que ocupaba toda la familia, por ser una región pacífica, adonde no llegaban el ruido de las armas, en aquellos días aciagos guerra, y se veía libre de los continuos bombardeos de la aviación enemiga. Su alma se hallaba ya a estas alturas más en el cielo que en la tierra. Nos fijamos solamente en unos párrafos:

«¡Qué lástima que David no conociera aún a la Santísima Virgen! ¿Verdad? Qué cosas tan hermosas la hubiera dicho. Un corazón tan grande como el suyo, seguramente hubiera estado lleno de amor a María... ¡María! cuántas cosas dice esa palabra... ¡Si yo supiera escribir!, no sabría acabar. Es tan hermoso y tan consolador el cariño a la Virgen, que me dan pena los que no la conocen, los que no la quieren, aunque no sea más que un poco... Y, sin embargo, querido hermano —así llama a su tío en la intimidad— ¿dónde se halla el cristiano, por tibio que sea, que no se acuerde en algún momento de su vida de la Virgen María?

Todos, todos llevamos dentro algo que, después de Dios, sólo María puede comprender y puede consolar... Ese algo es criatura, ese algo es necesidad humana, es cariño, a veces es dolor... Es ese algo que Dios puso en nuestras almas, y que las criaturas no pueden llenar, para que así busquemos a María... María, que fue Esposa, que fue Madre, que fue Mujer... ¿Quién mejor que Ella para comprender, para ayudar, para consolar,



para fortalecer? ¿Quién mejor que María, la Santísima Virgen, para refugio de nuestros pecados, de nuestras miserias?

¡Qué bueno y qué grande es Dios que nos ofrece el corazón de María como si fuese el suyo! ¡Qué bien conoce Dios el corazón del hombre, pequeño y asustadizo! ¡Qué bien conoce nuestra miseria, que nos pone ese puente..., que es María! ¡Qué bien hace el Señor las cosas! ¡Ah! si supiéramos amar a la Virgen, si comprendiéramos lo que significa para Jesús, todo el amor que podemos ofrecerle a la Virgen!... seríamos mejores, seríamos los hijos predilectos de Jesús. No sé si diré algo que no esté bien, que Ella no me lo tome en cuenta, y que Dios me lo perdone, pero creo que no hay temor en amar demasiado a la Virgen... Creo que todo lo que en la Señor pongamos, lo recibe Jesús ampliado... Yo creo que al amar a María, amamos a Dios, y que a Él *no se le quita nada*, sino todo lo contrario».

Como se trataba de una carta escrita a vuelapluma, Rafael tiene temor de haber dicho algo que no sea correcto y conforme al dogma católico. Es normal, no había tenido tiempo de estudiar Teología en la Trapa, pero los principios que sienta, no sólo están cimentados en el dogma católico, sino contienen una espiritualidad mariana profunda, atrayente, destacando en ella la Mediación universal de la Santísima Virgen, dispensadora de todas las gracias, doctrina en la cual san Bernardo es uno de los doctores de la Iglesia que más se esforzó en demostrarlo. Otro pensamiento sublime cabe destacar: al amar a María, amamos a Dios, y a Dios no se le quita nada alabando su obra suprema, sino todo lo contrario, lo recibe Jesús, su divino Hijo aumentado. Es la manera más delicada de honrar al Hijo, alabando a la Madre que le dio el ser humano.



